

un *Volksgeist*? Cuando se refiere, por ejemplo, a las fuentes de “Como diz’ el proverbio que non ha encubierta / que en cabo de cosa a mal non se revierta” (1905ab) y documenta luego su presencia en el dominio no necesariamente libresco citando la copla 542ab del *Libro de buen amor* y tres refranes de la recopilación de Rodríguez Marín⁷, parece una contradicción atribuir su origen al texto bíblico y luego demostrar su pervivencia popular por otras vías. Me pregunto si en algunos casos no será un exceso hablar de “fuentes”. Esta problemática de límites se advertirá muy frecuentemente en el capítulo 8, “Los personajes bíblicos en la lista de pecados capitales” (pp. 133-159), donde muchos de estos personajes han pasado por el tamiz de una ideología medieval —una “medievalización”, digamos— y de una reformulación alegórica que excede las más de las veces los datos de las fuentes escritas (véase especialmente el *exemplum* de Lamek, pp. 145-148). Las conclusiones de Bañeza Román no han tomado en cuenta este carácter “extensivo” de la omnipresencia de la Biblia en el ámbito medieval, lo que algunas ocasiones debilita sus argumentos.

Lo anterior, *peccata minuta*, no obsta para que *Las fuentes bíblicas, patrísticas y judaicas del “Libro de Alexandre”* sea —más allá de los cortos objetivos que se ha planteado— ese libro atractivo y auxiliar en la consulta y profundización de la intrincada voluntad compositiva que subyace en nuestro *Alexandre* español, amén de clarísimo trasunto de la importancia del texto bíblico en la literatura medieval española.

ALEJANDRO HIGASHI

Universidad Veracruzana

JOSÉ PASCUAL BUXÓ, y ARNULFO HERRERA (eds.), *La literatura novohispana. Revisión crítica y propuestas metodológicas*. UNAM, México, 1994; 405 pp.

Los que se dedican a la enseñanza e investigación en literatura colonial hispanoamericana saben de la insuficiencia textual que rige su actividad. Lo saben, como experiencia propia, en una docencia que presenta al estudiante, por ejemplo, el amplio apartado histórico y literario de la Crónica de Indias, la lírica novohispana del xvi y el “petrarquismo peruano”, el Inca Garcilaso, Juan Ruiz de Alarcón, Sor Juana Inés de la Cruz, Carlos de Sigüenza y Góngora... y, tras algunos saltos dieciochescos, a lo mejor se concluye el discurso docen-

⁷ “Nadie crea que hay secreto que siempre lo sea”, “Todo lo que se hace se sabe” y “No hay cosa oculta que no se sepa” (*Más de 21 000 refranes castellanos*, Tip. de Arch., Bibl. y Museos, Madrid, 1926).

te con Fernández de Lizardi. Es el ejemplo sólo de una insuficiencia que tienen en México y, en menor medida, en Perú, los eslabones incuestionables para defender una tradición literaria.

Los dedicados a la materia suelen acabar prefiriendo el camino docente e investigador que se sitúa en la pista del modernismo, y se abre impetuoso por las vanguardias y la narrativa de nuestro siglo, con especial atención a la creatividad de los sesenta: modelos rotundamente cómodos, por excepcionales, responden a las expectativas docentes y abren los ojos a jóvenes investigadores que acaban una y otra vez (estoy pensando en una parte de las *Dissertation* estadounidenses) reiterando análisis y enfoques sobre obras contemporáneas.

Sirva de preámbulo lo dicho hasta aquí para presentar un material cuya importancia viene precisamente de ser una indagación que contradice la línea esquemáticamente expuesta: la literatura novohispana es aquí objeto múltiple de revisión y, sobre todo, de afloramiento de otros nombres y otras perspectivas que pueden densificar una reflexión que parece ya imprescindible: los siglos XIX y XX se asientan también en una tradición de escritura, en una práctica indudablemente sobredeterminada por la metrópoli y controlada minuciosamente por mecanismos varios que impidieron el desarrollo o el afloramiento de la creación literaria.

Reunir a varios investigadores en un Congreso, bajo el auspicio del Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM, con la perspectiva de indagar textualmente esa creatividad fue, en cualquier caso, un objetivo encomiable y, en su continuidad, un proyecto de rigurosa necesidad científica. Las actas de aquel primer Congreso que se publican ahora son un primer paso firme en un camino que José G. Moreno de Alba traza como introducción al volumen, seguido de una precisa perspectiva de la tradición historiográfica de la literatura novohispana y de sus límites (y limitaciones) realizada por José Pascual Buxó.

Las veintiséis ponencias que siguen, sin ninguna indicación de orden o agrupamiento (cronológico, por ejemplo) por parte de los editores, pueden reorganizarse en dos grupos, en un orden que doy a la lectura para hacerla operativa: aquellas que responden a objetivos habituales de la historiografía literaria y las que estarían más próximas a la perspectiva de hacer aflorar nuevos nombres, textos y problemas.

El primer grupo responde al criterio de “nuevos enfoques” sobre autores tradicionales, que presidió también los objetivos del Congreso: Margarita Peña traza en “La corriente mexicana de la crítica sobre Juan Ruiz de Alarcón en el siglo XIX: algunos exponentes” un panorama detallado de la crítica en la primera mitad del siglo XX (por lo que confunde al lector el seguro error tipográfico del título), para confluir inmediatamente en la polémica sobre la mexicanidad del dramaturgo, donde la coincidencia y el homenaje al

famoso trabajo sobre el argumento de Antonio Alatorre en 1956 se hace evidente en su análisis y reseña. La restitución nacional de Ruiz de Alarcón realizada en el siglo xx no parece de todas formas un camino seguro de análisis de lo novohispano.

El recientemente desaparecido José Amezcua presenta en “Investigaciones del Fondo Ruiz de Alarcón y el teatro de su tiempo” una ajustada síntesis de la actividad docente, de investigación y de iniciación a la misma, realizada por el citado Fondo de la Universidad Autónoma Metropolitana de Iztapalapa. Destacan en ella contenidos como la reflexión sobre la teatralidad y la censura y, sobre todo, una precisa indicación hacia el tiempo español y novohispano de la época del escritor.

Sor Juana ocupa un espacio amplio —hasta cinco ponencias— en los materiales comentados: el pensamiento en Sor Juana parece todavía un camino en el cual se pueden encontrar ideas y posibilidades de análisis. Por ejemplo, su senequismo es analizado por Marie-Cécile Bénassy en la perspectiva de afirmar su humanismo y religiosidad, como instancias complementarias, a las que añade ahora la autora un nuevo matiz que reafirma la perspectiva de su interesante libro de 1983. En el desarrollo del pensamiento, Laura Benítez vincula eficazmente a Sor Juana con la filosofía de su tiempo; mientras Carmela Zanelli plantea una relectura de la loa que precede a *El divino Narciso* como “recuperación de la cultura indígena mexicana”, a través de una lectura que quizá viene determinada por una excesiva y asincrónica conceptualización contemporánea. Enrico Mario Santí vuelve sobre la poética de la restitución y las preguntas que todavía la lectura de Octavio Paz sigue planteándonos. Sin embargo, aquí me surge una reserva, no a la propuesta de Santí, sino a su análisis de la lectura de Paz, al intentar entender el sentido de una reflexión tan contemporánea en relación con la Nueva España del siglo xvii. María Dolores Bravo muestra una nueva perspectiva, en los límites de interpretación de la posibilidad significativa de los textos, con sus “Dos dedicatorias de Núñez de Miranda a Sor Filotea de la Cruz, indicios inéditos de una relación peligrosa”.

Vayamos ya al segundo grupo descrito, el que responde más claramente a la posibilidad de desvelar nuevos objetos de estudio y ampliar la perspectiva global de la literatura novohispana.

Distinguiría en este grupo varios subapartados que la edición no establece, pero que nos sirven para organizar y sintetizarlos en esta reseña: en primer lugar, aquellos que construyen una perspectiva metodológica de recuperación textual, objetivo último del libro. Destaca en esta línea “Poesía neolatina novohispana del siglo xvi: quehaceres y rehaceres” de José Quiñones Melgoza. Aunque resulte problemático, parece necesario afincar en el ámbito novohispano la indagación sistemática sobre esos textos neolatinos (que aquí se ca-

talogan) y que son parte de una creatividad que da vueltas entre el humanismo, la literatura y la oratoria eclesiástica. En la línea de propuesta metodológico-textual resulta sugerente la ponencia de María Águeda Méndez, “La palabra rescatada de México en el Siglo de la Ilustración. La catalogación: vicisitudes y avances”, que es la presentación del trabajo colectivo, dirigido por esta investigadora, *Catálogo de textos marginados novohispanos*, aparecido en 1992.

Seguirían propuestas metodológicas que no se afincan en nuevas posibilidades textuales: Claudia Parodi abre esta perspectiva con una trabajada propuesta para “la modernización de textos novohispanos”. Intenta distinguir entre grafías pertinentes para la indicación de las particularidades fonéticas y grafías no pertinentes. Y asume como propuesta que la edición reconstruya las particularidades que respondan a una “reconstrucción lingüística, sobre todo fonológica” de la transcripción de manuscritos, que ayuda a “determinar el origen dialectal y sociocultural de los escribanos”, para lo que realiza una clasificación entre los rasgos pertinentes y no pertinentes de los manuscritos. Pero si lo que buscamos es un lector del texto literario, trabajemos para él con normas que regularicen el texto con la simplificación gráfica necesaria. Para la investigación del filólogo dejemos las ediciones paleográficas de textos esenciales o, en su caso, los manuscritos.

La ponencia de Beatriz Mariscal, “Voces novohispanas: silencios de nuestra historia literaria”, revisa los orígenes de la reflexión bibliográfica y cultural dieciochesca: Eguiara, la polémica con el deán de Alicante Manuel Martí, los avances posteriores en la afirmación de una tradicionalidad literaria y, sobre todo, afirma una óptica no “derivativa” en relación con la literatura española, que tenga en cuenta también la literatura oral y la no homogeneidad del objeto de estudio.

Propuestas metodológicas vienen también de la mano de Sergio López Mena, quien llama en un interesante título a “Precisar lo literario en los textos coloniales”, aunque el trabajo, con valiosas observaciones y comentarios, no termine respondiendo a la invitación. El texto de José Antonio Muciño Ruiz, “La nueva teoría literaria frente a la literatura novohispana”, resulta muy general para poder responder a su atractivo título.

En el apartado de metodología hay que abrir un nuevo espacio referente a la iconografía, soporte para la reflexión literaria: José Pascual Buxó (“Presencia de los *Emblemas* de Alciato en el arte y la literatura novohispanos del siglo xvi”) hace una importante contribución para la identificación reflexiva de motivos, que se reproducen en el texto, de Andrea Alciato; también Michael Schuessler analiza el espacio cultural de la evangelización mediante los restos de pintura mural en Nueva España, y Pedro Ángeles Jiménez se sitúa ante un biombo dieciochesco para analizar su alegoría del buen gobierno. Por último, en este apartado, Guillermo Tovar y de Teresa en “El arte no-

vohispano en el espejo de su literatura” lleva a cabo una puntual descripción de los momentos principales del reflejo anunciado, respondiendo a lo que ha sido la práctica rigurosa catalográfica de este autor.

Un último grupo está formado por aquellas intervenciones que van del contexto cultural al texto, literario o no: “El teatro medievista en la conquista espiritual de América” de Héctor Azar es una nueva síntesis de un viejo enunciado; Humberto Maldonado Macías, desaparecido recientemente, habla de “El esperpento en las postrimerías de la colonia: las licencias para mostrar a locos, monstruos y fenómenos”, jugosa reconstrucción de episodios que conducen por una parte a la práctica teatral y, por otra, a la tradición mexicana del término esperpento; Antonio Rubial García aborda la literatura hagiográfica sobre los venerables no canonizados como forma de diferenciación novohispana, ampliando a otros nombres y otras situaciones la referencia obligada a Juan de Palafox y Mendoza; José Rubén Romero Galván, en “Tlantepucilama, una hechicera entre dos culturas”, hace una rigurosa lectura de este motivo en *El Peregrino Indiano* de Antonio de Saavedra y Guzmán; Alejandro González Acosta (“La disputa de las órdenes en un poema guadalupano del siglo xviii”) y Germán Viveros (“Corpus Christi en 1853: añoranza poética novohispana”) restituyen textos que, en último extremo, al margen del valor literario que les ortorguemos, son la exigencia global que plantea el libro; Josefina Muriel (“Lo que leían las mujeres de la Nueva España”) analiza la Biblioteca del Convento de las Vizcaínas.

La última clasificación es para dos trabajos que aquí sí cierran el libro, aunque cronológicamente son los que lo abren: se trata de dos estudios con nuevos análisis sobre materiales conocidos: Arnulfo Herrera vuelve a indagar el espacio poético de los poetas novohispanos, a partir de la clásica contribución de Méndez Plancarte, matizando el tópico crítico del desprecio antigongorino que el padre Méndez Plancarte fue el primero en deshacer; por último, Gonzalo Celorio hace un recorrido, desde el xvi, basado en el silencio y el pudor como rasgos distintivos de la poesía novohispana.

Como explica Moreno de Alba en las Palabras inaugurales, este Congreso fue una primera iniciativa del Seminario de Cultura Literaria Novohispana, que coordina José Pascual Buxó. Desconozco los materiales, aún inéditos, del II Congreso realizado en 1994. Pero la iniciativa, globalmente, con los problemas señalados, tiene en esta primera salida múltiples hallazgos, propuestas metodológicas e ideas para la reconstrucción de una historia literaria novohispana que será, parece evidente, una parte de un discurso y una textualidad ensamblada en una historia del pensamiento novohispano. O no será.

JOSÉ CARLOS ROVIRA
Universidad de Alicante